



## TIEMPOS DE REIR Y DE LLORAR

Así han ido contando sus vivencias muchísimas personas con quienes hemos charlado en torno a sus recuerdos escolares. Estas, unidas a los artículos que se publican en esta misma revista van configurando lo que fue y es el panorama escolar renteriano.

Han sido muchos los que han colaborado contando sus impresiones. Y en general las presentan como recuerdos gratos de un tiempo feliz. Sin embargo, hemos reunido muchos retazos de conversaciones que denotan una niñez difícil y dura.

Sabemos que estos hombres y mujeres quisieron dar a sus hijos una vida más cómoda y fácil que la suya. Ahora hay escuelas y juguetes, se ha relegado el hambre y el frío, los castigos son inconcebibles...

Pero quizás al niño que hoy lo tiene todo, no le va a ser tan fácil la vida de adulto.

Aquí están sus relatos, desdramatizados por el paso del tiempo, por si la experiencia sirve para algo...

«Por el año 1938-1940 se pagan cinco pesetas por alumno y si eran más de dos hermanos, dos pesetas cada uno. La Enciclopedia, que era nuestro único libro de texto, costaba ocho pesetas. Solíamos dar tres lecciones al día, cada tres meses había un examen...».

«Los juguetes de entonces costaban céntimos, pero aún así pocos niños podían comprarlos. Los hacíamos con nuestras manos muchas veces. Jugábamos a canicas, a cromos, al aro; hacíamos pequeños muebles para muñecas utilizando castañas pilongas, alfileres e hilo; hacíamos volar con carburo por el aire

los botes vacíos de conserva; construíamos castañuelas con dos palos... o con marcos de pizarra, tostados al fuego para que sonaran mejor; jugábamos a la «vana», que era un palo largo y otro pequeño con dos puntas. Había que meterlo en un círculo a base de hacerlo saltar pegando en una de sus puntas.

Los cromos de las cajas de cerilla eran «santos» y también jugábamos con los cartones de los billetes del tren».

«No era fácil para un chaval de entonces tener un real, veinticinco céntimos de peseta. Un día, dos chicos rompieron a otro una pizarra que costaba cincuenta céntimos y la maestra les pidió que trajera cada uno real para comprar otra. Como nunca traían el dinero un día les mando de clase hasta que volvieron con él».

Los chavales se fueron a buscar chatarra para conseguirlo y encontraron un artefacto con una anilla de hierro. Al querer quitarla explotó y uno de los chicos murió...».

«No usábamos entonces apenas los cuadernos. Era más económica la pizarra, donde se escribía con un «pizarrín». Para limpiarla usábamos hojas de magnolia. O saliva y un trapo atado a un agujero que había en el marco...».

«Para escribir se usaban unas plumillas que había que mojar en tinta de unos pequeños recipientes adosados al pupitre. El primer día que fui a clase metí los dedos en él y luego no me atrevía a sacarlos de detrás de los pantalones...».

Los pocos libros que teníamos los llevábamos en un macuto de tela en bandolera, que nos hacía nuestra madre. Algunos elegantes llevaban cartera de cuero atada con correas a la

espalda. Para ir a la moda, aprendimos a colocarnos el macuto a la espalda, pasando la correa de tela por el cuello y bajo los brazos... ¡La repanocha!

Pocos chicos usaban pañuelo. Los puños de jerseys solían a veces tener un cierto brillo, porque a menudo estábamos acata-rados.

También eran corrientes «las pupas», debido sin duda a la deficiente alimentación. Y no faltaban los insectos domésticos como pulgas y piojos. La higiene era menos estricta que ahora y hubo tiempos en que no se podía conseguir ni un trozo de jabón y nuestras madres lo hacían en casa con sebo y sosa...».

«Después de la guerra hubo unos años de verdadera hambre. Murió la madre de un compañero de clase y dijeron que había sido de inanición. En una ocasión un chaval sacó una naranja e inmediatamente otro compañero de clase le pidió las cáscaras, para comérselas. Yo me quedé admirado cuando ví que el primero le daba media naranja. Ofrecer entonces media naranja era una auténtica heroicidad...».

«Todos los niños estábamos necesitados de reconstituyentes. Llevábamos a la escuela la botella de aceite de hígado de bacalao y nos poníamos en fila para tomar nuestra cucharada a media mañana... Era una bebida francamente desagradable. Otra cosa fue cuando salió el calcio granulado, que tan sólo sabía a azúcar, pero eso fue más tarde...».

«Hacia el final de guerra venía un alguacil a la escuela avisando que los nacionales habían tomado alguna capital. Y nos daban vacación. En la calle había baile...».

«Durante la guerra, también los chavales jugábamos a guerras. Una vez hicimos una balsa en Jaizquibel para pasar a Francia por mar. Atamos la ropa con un cinturón, metimos algunas provisiones... y apenas lanzada al agua se nos hundió.

Los chavales de cada calle o cada barrio formábamos nuestras bandas y guerreábamos con tiragomas o cuerpo a cuerpo.

Desde la vía del Topo a la fábrica de rosarios a pedrada limpia. Una vez tuve que llevar a un herido a mi casa y otra vez me trajeron a mí en una carretilla.

Buscábamos los txokos donde el enemigo escondía su armamento. Donde hoy están las casas de Niessen había huertas y, junto a ella un pasadizo. Allí encontramos lanzas, tiragomas y palos con un clavo en la punta. Y en una arboleda junto al túnel del topo encontramos enterrados cinco mosquetones, una cinta de balas de ametralladora y una bandera española. Lo había escondido otro de las bandas, pero casi nos cuesta un disgusto porque fue a nosotros a los que nos llamaron a declarar...».

«Los inviernos de mi niñez estaban llenos de sabañones. Se debería a la falta de alimentación, a no tener ropa adecuada, o a las condiciones de las escuelas... pero casi todo el mundo tenía las manos agrietadas, y algunos hasta las orejas...».

«En un descanso en la clase la monja nos traía un cubo de agua caliente para que metiéramos las manos en él y aliviáramos el frío...».

«En mi clase había una estufa «made Ayuntamiento» y cuando la encendíamos soltaba humo por todas sus rendijas. Todos a toser. A abrir las ventanas. Y era mucho peor.

Aunque no solíamos tener recreo, en los días muy fríos salíamos fuera a correr para entrar en calor...».

«Yo tenía miedo de ir a la escuela. Por mirar a otro lado me han dado un libretazo en la cabeza. Mi recuerdo es que cuando era muy pequeña me pegaban más. Luego se fue suavizando esa costumbre. Pero una compañera mía que recibió otro libretazo por haber cortado los hilos de la labor, nunca jamás volvió a enseñar la labor para que se la corrigieran...».

«Más de una vez me he quedado castigado sin comer. En alguna ocasión me echaban un bocadillo por la ventana. Cuando se hacía un poco tarde llorábamos un poco y venía la señora conserje:

– ¡Es que no hemos sabido el pretérito pluscuamperfecto!...

Se compadecía, y nos soltaba: –Pero no digáis al maestro...».

«No sólo los profesores, también las maestras cascaban lo suyo. Un día llevé un grillo a clase y lo metí en un armario. Se puso a cantar a mitad de mañana y todos volvieron su vista hacia mí. No necesitó la señorita preguntar nada, me recorrió con el palo las costillas...».

«Cuando nos castigaban, en Ayerbe, saltaba por la ventana al piso de arriba y luego bajaba por las escaleras. En aquellos tiempos de hambre tengo un buen recuerdo de un día de castigo. Las señoritas nos llevaron a comer a su casa: ¡Guisado de carne! ¡Sidra! ¡Menudo banquete!...».

«Creo que los mestros sufrían más que nosotros castigándonos pero creían que era un buen método para aprender...».

«Recuerdo un libro de lectura muy antiguo que se titulaba «El Progreso». Uno de los temas era el ferrocarril, probablemente uno de los más importantes inventos de la época de su impresión.

Se nos enseñaba entonces Urbanidad. Teníamos un librito pequeño y en el prólogo hablaba de Licurgo, un espartano que para enseñar el valor de la educación cogió dos perros y sólo a uno de ellos le enseñó a cazar. Puesto a prueba, sólo el cazador salió tras la liebre, el otro se entretuvo con un plato de carne puesto como cebo...».

Gracias a José Manuel, a Pepi Merichu, Carmen, Pepita, a Jesús, Antontxu, Eduardo, Asun, Fermini, Nicolás, José Luis, Ana Mari, Miren, Arantxa, Antxoni, Joshepi, Manolo, Maite, Josetxo, Ramón y todos cuantos habéis colaborado con Oarso, con vuestras palabras y vuestras fotografías, para que pudiéramos rescatar del recuerdo esta pequeña parte de la historia de nuestro pueblo.

*Puri Gutiérrez*